



EL VAPOR.

15 junio de 1834

Puntos de su subscripcion. Madrid, en la Librería de Razola. Alicante Carratell. Badajoz, Vuda Carrillo. Bilbao, García. Burgos, Villanueva. Cádiz, Hortia y compañía. Corvera, Casanova. Córdoba, Berard. Coruña, Calvete. Gerona, Oliva. Granada, Sanz. Jaen, Zerezedo. Leon, Fernandes. Lérida, Coromines. Lugo, Pajol. Málaga, Martínez y Aguilár. Murcia, Seneclito. Oviedo, Longoria. Palma, Guasp. Pamplona, Erasun. Plasencia, Pis. Puerto de Santa María, Nuñez. Reus, Angelon. Salaviana, Reyes. Santander, Otero. Santiago, Rey Romero. Sevilla, Caro. Soria, Perez Rioja. Tarazona, Verdague. Toledo, Hernandez. Tortosa, Puigrubi. Valencia, Mallen y Berard. Valladolid, Pastor. Zaragoza, Yague. En el extranjero: Paris, F. Didot. Burdeos, Gayette. Melsrala. Chamein. Perpiñan, Laserra.

PERIODICO POLITICO LITERARIO Y MERCANTIL DE CATALUÑA,

Publicado bajo los auspicios de S. E. el Capitan General.

DE LA ELOCUCION PARLAMENTARIA.

ARTICULO PRIMERO.

Quando está próximo á abrirse el santuario donde se conuocan los Próceres y Procuradores de la Nacion, no parecerán superfluas algunas reflexiones sobre la índole de la elocucion parlamentaria. Porque es mas influyente de lo que se cree el arte de presentar las cuestiones con aquel nervio y vehemencia lógica que, desnudándolas de inútiles adornos, revistiéndolas de un carácter filosófico y varonil, despejan el entendimiento del auditorio y mantienen á raya las pasiones de las galerías. El noviciado de la tribuna costó sobradamente caro á pueblos todavía inespertos en la carrera de la libertad, para que descuidemos los medios de suprimirlo. Suban á ella cuerdos filósofos en vez de altisonantes oradores; muéstrase mas rica de dialéctica que de superfluidades y ampliaciones de escuela; considérese al fin como el órgano de las urgencias de la Nacion, no como una silla académica ó grada capitolina. Se nos objetará tal vez con las Filípicas de Demóstenes, con las Catilinarias de Marco Tulio; pero ¿que comparacion media entre los pueblos antiguos y los modernos? En aquellos la política era un fanatismo, en estos un convencimiento: aspiraban allí los tribunales á enardecer los afectos, aquí á ilustrar el juicio: el orador de Atenas era una especie de histrion, el de Francia ó Inglaterra un respetable magistrado. Vigorosa imagen de las antiguas repúblicas ha sido la Cisalpina en nuestros tiempos. Rival en ella Ugo-Fóscolo de Péricles, hablaba de cosas políticas con la inspiracion que un trovador de la edad media de las empresas marciales. Puesto en pie en el centro de la asamblea, levantando una testa estudiadamente consular, revolviendo en torno unos ojos en los que brillaba la eléctrica chispa de un republicanismo ilusorio, envuelto por lo comun como el amante de Aspasia en su clámide, pronunciaba fervorosos discursos cuajados de voces sonoras, de espléndidas imágenes, de virulentas declamaciones. Clavábanse en los circunstantes aquellos dardos de una elocucion tribunicia, les sujetaban al indiscreto entusiasmo del orador, y arrojábanles no pocas veces á diversos cuarteles de la ciudad para cometer mil escesos en nombre de la independencia y de la patria.

Opóngase á esta pintura la de los grandes oradores de la oposicion británica: opónganse Fox, Brougham, Burke, á Barrere, á Barnave, á Mirabeau; y notarémos desde luego la sólida diferencia entre el piloto diestro y el inesperto marino, entre el general que alcanza el arte de templar los impetus de sus soldados y el que únicamente aspira á soltarles sin meditacion ni freno. ¿Qué es lo que debemos desear para la felicidad de la Patria? ¿Oradores que la eleven como Pitt á la mayor opulencia continental y marítima, ú otros que la sumerjan como Saint-Just en el conflicto de una irritante discordia? Nadie que se precie de buen patriota dejará de preferir lo primero; y he aquí el interés de una escuela oratoria que se aproxime á la ilustracion y gravedad de la britana. Si se ha de desconfiar de aquella asamblea en la que el uno diserte á doctos y el otro inciense á ignorantes, en que se figure aquel hallarse en una academia y este en un tabernario club, en que la sobrecargue el escolástico con la pedantería de la borla doc-

toral y la despoje el popular tribuno de su respetuosa condecoracion; su solo establecimiento es un gran bien. Importa que se penetren los diputados de la importancia de su ministerio; que las arengas, las proposiciones, las réplicas anuncien desde luego aquel decoro parlamentario que garantiza el orden público, eleva el carácter de la nacion, y de antemano condena las vanas hipérbolos del sofista y los vulgares sarcasmos del demócrata. Solo así adquirirán las cuestiones aquel grado de independencia y de luz que promete á los pueblos una instruccion benéfica, un gobierno paternal, un curso parlamentario tan áureo para el entendimiento como severo para la imaginacion. Fómense oradores que esclamen con la energía de Burke: — *La patria reclama templanza, las colonias fomento y justicia!* — y proscribanse los que griten como Saint-Just: — *Nuestra revolucion no es un proceso, es el trueno que pulveriza á los pérfidos!* — rasgo por desgracia verídico como á la palabra pérfidos sustituyese el triunfiro la de *vencidos*. Desconfien sobretudo los hombres de esa peligrosa popularidad que rápidamente conduce á la tribuna, al Capitolio, á la roca tarpeya: desconfien de aquella carrera política comparable en su rapidez á las arremolinadas tormentas que recorren en breve espacio toda la brújula. — *Dejad crecer á ese árbol tierno*, decia Mirabeau de Barnave: *no se pasará mucho sin que respeteis en él un vigoroso mástil de navio* — pero antes de que llegase á tal gloria, burlóse la misma revolucion de los talentos y la audacia de aquel vigoroso atleta de la *Constituyente*.

Por lo demás, solo reconocemos tres géneros de elocucion pública: la que exalta las pasiones, la que convence al juicio, la que cautiva al corazón. Mirabeau (1) es un modelo de la primera, Burke de la segunda, de la tercera el ingenioso Louvel (2). El que habla á las pasiones es un verdadero tribuno, el que se dirige al corazón lo que se llama un *ingenio*, el que domina el juicio un *orador parlamentario*. Cláusulas valientes, sarcasmos impúdicos, irreflexivos denuestos, cuanto caracteriza en fin una virulenta declamacion, componen el caudal oratorio del primero. Elegantes perifrasis, patéticos rasgos, periodos llenos de fluidez, sonoridad y uncion

(1) A nuestro juicio no ha sido Mirabeau un hombre grande, sino un hombre extraordinario. Si como escritor no se le coloca entre los de primera clase, menos puede compararsele como orador á Ciceron, á Demóstenes ó á Pitt. Convenimos en que acertaba á veces en aquel tono de caudalosa elocucion que habla al mismo tiempo á los afectos y á la imaginacion; pero no alcanzaba como Fox el arte de desmenuzar las objeciones del contrario, indispensable requisito para que fuese completa la victoria del tribuno. Hallamos el principal mérito de este varon célebre en la sagacidad política, en la prevision de los sucesos, en el raro conocimiento de los hombres. Irresistible era su primer impetu: pero despues que se le habia atacado, no se le hallaba una resistencia correspondiente á su vigoroso acometimiento.

(2) Louvel habia sido autor de *Faublas*, novela impúdica, pero ingeniosa y elegantemente escrita. Mirase comunmente como veraz pintura de las costumbres de las clases altas parisienses antes de la revolucion. Era Louvel jóven de muchísimo ingenio y de corazón muy blando. Formó parte de los diputados de la Gironda, y anduvo comprendido en la terrible proscripcion del tribunal de salud pública. Huyó de la capital, peregrinó en medio de mil trabajos por varias provincias del reino, y volvióse al fin á Paris, donde le tuvo oculto cierta señora á quien amaba. Uno de los libros mas curiosos y bien escritos que produjo el torbellino revolucionario es sin disputa el de las *Memorias de Louvel*. Allí se ve que su célebre acusacion contra Robespierre no fue frato de un valor momentáneo, sino de la ilustracion y del convencimiento

adornan las defensas del segundo: al paso que luminosa dialéctica, erudicion escogida, rara facilidad en enlazar los objetos mas opuestos, en hallarles su razon estadística, su predominio mercantil, su importancia diplomática, su espíritu legal, vienen como al socorro del único orador que conviene á las asambleas modernas (3). No pocas veces nos lo hemos representado, al leer ciertos discursos de la Cámara inglesa, ostentando gravedad natural, captándose la benevolencia de sus colegas por su aire circunspecto y señorial. No tanto se trasluce en su discurso una ambicion académica como el hidalgo deseo de contribuir por su parte á la elevacion de la patria. Desdeña pueriles afeites y escoge la difícil senda del convencimiento en vez del camino de oropelada persuasion. El silencio que impone, el respeto que inspira, tienen algo de religioso y sacrosanto, algo de aquella serenidad y templanza que recuerda el íntegro Tribunal de los ancianos que pronunciaron entre Hesíodo y Homero. No le interrumpen vulgares aplausos, no profanan su inspiracion profética los bravos de las galerías, porque adormece las pasiones para restituir su imperio á la sublime razon. Cesa de hablar, y reina majestuosa calma en el parlamento. Ya una sola idea domina en él: ya brilla limpia la verdad ante la mente de todos los circunstantes; y nada pueden para oscurecerla la hipócrita ambicion y los venenosos sofismas. Honor al virtuoso diputado que alcanza tan noble triunfo! Baldon al sofista presumido que al descender de la tribuna sacude la toga con orgullo por haber trasformado la cámara en vulgar y encarnizada palestra! En vez de que sobre ella resplandeciese el astro conciliador de un pensamiento triunfante y único, sumérgela en la porfia de una oposicion acalorada y frenética. ¿Cual ha sido el efecto de tan insidiosa táctica? No la luz de las cuestiones, el interés de la patria, el secreto del bien público; sino la efervescencia de los bandos, la division de los diputados, y el descrédito de la libertad con un pernicioso ejemplo de intolerancia y desorden.

Dedúcese de lo dicho que es fácil y despreciable triunfo el de acalorar las pasiones, lánguida é inoportuna elocucion la que toma por blanco al corazón, y solo debe estudiarse la que se encamina sin preámbulos al entendimiento. En consecuencia de estos principios, permitásenos bosquejar el carácter de Burke, el maestro de Fox, el grande orador de los tiempos modernos; y recomendarle por modelo á cuantos desempeñan en Europa el ilustre ministerio de defender el sagrado predominio de las leyes y contribuir con sus luces al fomento y condecoracion de las naciones.

(3) Injustos por demás anduviéramos en juzgar á las Cortes constitucionales de España con toda la severidad de estos principios. La superabundancia é interés de las materias, la precipitacion de las reformas y las atribuciones sobrado latas de que se veian revestidas desviaron la ocasion de que se formase una elocucion verdaderamente parlamentaria en su recinto. Algunos discursos del Sr. Calatrava dieron valiente idea del nervio que cobraria en castellano la sólida inspiracion de Burke y Royer-Collard; al paso que otros del Sr. Galiano ofrecieron un modelo del popular ascendiente del tribuno. Por lo demás cada uno hablaba segun su temperamento ó su imaginacion, adoptando, no el estilo mas correspondiente á la asamblea, sino el que mas se conformaba con la índole de sus pasiones y estudios.

